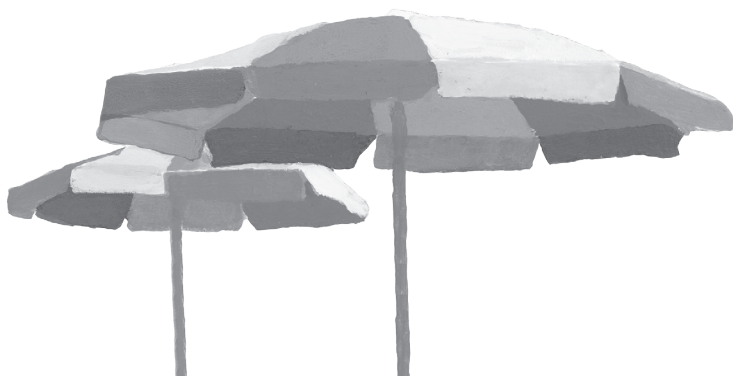


# Book Rebels

La playa de los lectores clandestinos

P. D. BACCALARIO LUIGI SPAGNOL

Traducción de Oriol Sánchez Vaqué



Duomo ediciones

Título original: *Book Rebels*

Una historia escrita por Pierdomenico Baccalario y Luigi Spagnol

Ilustración de cubierta: Fabian Negrin

Diseño de cubierta: Giulia Voltini

Maquetación: Endoradisseny

© 2022, Book on a Tree

[www.bookonatree.com](http://www.bookonatree.com)

© 2023, de la traducción, Oriol Sánchez Vaqué

Esta obra ha sido traducida gracias a la contribución del Centro para el Libro y la Lectura del Ministerio Italiano de Cultura.



ISBN: 978-84-19004-85-7

Código IBIC: YF

Depósito legal: B 8.527-2023

© de esta edición, 2023 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: septiembre de 2023

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

[www.duomoedizioni.com](http://www.duomoedizioni.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*No necesitamos que nos dejen tranquilos.  
De cuando en cuando, nos convendría estar seriamente preocupados.  
¿Cuánto tiempo hace que no has tenido una verdadera preocupación?  
¿Por algo importante, por algo real?*

*(R. Bradbury, Fahrenheit 451)*



## Nota para el lector

*Querido lector:*

*En la portada de este libro se ve un dibujo precioso y se pueden leer los nombres de los autores, pero no le des demasiada importancia; lo que vas a leer fue enviado en un sobre cerrado a Duomo ediciones junto con una carta de presentación firmada por un tal Augustus Sunday, que insistió mucho en que, en caso de que se publicara esta historia, su nombre no apareciera en la portada. Como ya verás, creemos que tenía un buen motivo para hacerlo.*

Los autores de la portada



# 1. El despertador

—¡Pieeeeeerluiiiiiigi!

La primera llamada.

A la primera no valía la pena responder, llegarían más llamadas. Pierluigi empezó a contar mentalmente. Uno, dos, tres...

—¡Pieeeeeerluiiiiiigi!

Doce segundos. No está mal: humor mediano-alto. Cuando estaba de mal humor, Madre no dejaba pasar más de tres o cuatro segundos entre la primera y la segunda llamada.

—¿Síiii? —respondió Pierluigi con voz somnolienta.

En realidad, no estaba nada somnoliento, hacía al menos una media hora que estaba despierto. Pero se había pasado los últimos veintinueve minutos jugando al *Candy Crush* en el móvil y, aunque no se había planteado nunca la cuestión, el instinto le decía que Padre y Madre no aprobarían que él jugase con el móvil nada más despertarse. Por eso, fingía dormir.

—Las siete y veinte —anunció Madre—. Ven a desayunar.

—Voy. ¡Uaaah! —respondió Pierluigi bostezando, y se quedó en la cama. Uno, dos, tres...

—¡Pieeeeeerluuuuuigi!

Cincuenta y ocho segundos.

De *muy buen* humor.

—¿Qué hay de bueno hoy? —preguntó Pierluigi, al entrar en la cocina.

Como de costumbre, sus padres no captaron el tono sarcástico de la pregunta.

—He encontrado un té matcha Uji ecológico de grado 1 —respondió Padre todo serio—. Parece que es con diferencia el mejor.

—Delicioso —confirmó Madre—. Y combina perfectamente con las galletas de espelta y la confitura de alga espirulina.

—¿Galletas de espelta? ¡Ñam, ñam! —exclamó Pierluigi.

Padre y Madre sonrieron ingenuamente. Increíble: ¿en serio creían que aquella mezcolanza de serrín, cartón y cola podría gustarle a un ser humano?

Las primeras veces que, en la escuela, se le había ocurrido hablar con los compañeros de lo que se comía en su casa, Pierluigi había dicho la verdad ingenuamente; luego había aprendido a eludir el tema; últimamente, a mentir.

—¿Qué tienes que hacer hoy en la escuela, Pierluigi? —preguntó Padre.



Antes de poder contenerla, a Pierluigi se le escapó una expresión de profundo estupor, como si Padre le hubiese preguntado qué tiempo hacía en Marte.

—¿Eh? —balbuceó.

—En la escuela —repitió Padre—. ¿Qué harás, hoy? Pierluigi no tenía ni la más remota idea.

—Inglés, Matemáticas y Latín —respondió automáticamente.

—¿Latín? No sabía que se estudiaba latín en el instituto —dijo Padre.

Efectivamente, pensándolo bien, a Pierluigi tampoco le sonaba haberlo estudiado nunca.

—Eeh... No es que hagamos latín exactamente —se corrigió—. Es que la profe de Lengua pensó que podríamos estudiarlo un poco, para ver si nos gusta. Solo unas pinceladas, o algo así.

—¡Me parece una idea excelente! —exclamó Padre.

Pierluigi se encogió de hombros. Mostrar entusiasmo por la asignatura de Latín hubiera sido demasiado, no se lo creerían ni sus progenitores.

—*Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi / silvestrem tenui Musam meditaris avena; / nos patriae finis et dulcia linquimus arva...* —empezó a recitar Padre, mientras Madre, del todo satisfecha, traducía mentalmente.

Y Pierluigi, desconsolado, hincó el diente en su infecta galleta de espelta.

## 2. Un encuentro decisivo

—¿Qué, Tamburini? ¿Qué has desayunado hoy? —le preguntó Luca Luchi en la entrada de la escuela.

—Oh, lo de siempre, Luca —respondió Pierluigi—. Saint Honoré, salmón ahumado, un huevo frito...

Tenía que buscar nuevas ideas en internet, se dijo, porque últimamente repetía las mismas cosas.

—¡Qué suerte! —Suspiró Luca Luchi—. A mí me dan siempre un cruasán.

Pierluigi hubiese matado por desayunar un cruasán, pero no dejó entrever ninguna emoción.

—¿Por qué vas por ahí? —preguntó a Luca Luchi, que andaba en dirección contraria a la de su clase.

—Todos vamos por aquí, Tamburini —le respondió Luca Luchi—. ¿No te acuerdas?

Pierluigi no se acordaba.

—El escritor —le dijo entonces Luca Luchi—. ¿Te acuerdas? Hoy viene el escritor.

—¿El escritor? ¿Qué escritor?

—Yo qué sé.

—¿Y a qué viene?

—Yo qué sé.

—¿Y qué tenemos que hacer?

—Nada. Escucharlo.

—Si es eso, podré hacerlo.

—Oh, sí —dijo Luca Luchi—. Él habla y tú escuchas.

—Y ¿de qué habla?

—Pues, de su libro, digo yo.

—¿Qué libro?

—Yo qué sé.

Pierluigi miró a su amigo. Parecía tranquilo, nada preocupado.

—¿No lo has leído? —le preguntó.

—¿Leerlo? ¿Estás loco? —respondió Luca Luchi.

El gimnasio estaba lleno de sillas, muchas ya ocupadas por los compañeros. En el fondo, donde se encontraban las perchas y las espalderas, habían montado una mesa con dos micrófonos y tres sillas.

Los bedeles iban de un lado a otro a una velocidad que Pierluigi no había visto nunca antes, y los profesores, tres, instaban a los niños a sentarse y a estar callados. El ambiente era irritante, tanto por el olor a alcohol, con el que habían intentado limpiar el gimnasio, como por el alboroto general.

—¿Dónde nos sentamos? —preguntó Luca Luchi.

—Allí no —contestó Pierluigi, señalando con la barbilla un par de asientos libres, al lado de donde se sentaban

dos chicas rubias—. No quiero estar al lado de esa plasta de la Maranzi.

—¿Por qué no? —preguntó Luca Luchi entre risas—.  
Le gustas.

—Pues por eso.

—¿Allí? —preguntó Luca Luchi, señalando una mancha verde de sillas vacías hacia el fondo.

Pierluigi dio un vistazo a la zona, para ver si había otros vecinos que evitar, pero aquella vacilación resultó fatídica.

—¡Chicos! —exclamó una voz aflautada a sus espaldas. A los dos les atrajo la atención la silueta esbelta y larga del profesor de Matemáticas Karpshak, también conocido como «Agonías»—. ¡Chicos! —repitió Agonías—. No dejéis vacía la primera fila, que quedaremos fatal con el escritor. Venid, venid, no tengáis miedo.

Extendió los brazos como las alas de un albatros y empujó a Pierluigi y a otros tres estudiantes hacia la primera fila. Luca Luchi, con una finta magistral, logró escurrirse en el último segundo sin que Agonías se diera cuenta, y se quedó atrás, pletórico. Pierluigi se giró para mirarlo y él le hizo «hasta luego» con la punta de los dedos.

—Me las pagarás, traidor —susurró Pierluigi.

—¿Qué dices, Tamburini? —le preguntó enseguida Agonías.

—Nada, profe. Decía que así veremos mejor al autor.

Pasaron cinco larguísimos minutos, con el único interés

del descubrimiento de que los zapatos de cuero se podían restregar sobre el suelo del gimnasio produciendo gemidos que ponían la piel de gallina.

—¡SILENCIO! ¡Y BASTA YA CON LOS ZAPATOS!  
—gritó un par de veces el bedel, tranquilamente ignorado.

Y, por fin, acompañado del director Fiamminghi (apodado «el Hombre que nunca estuvo allí») y de la profesora de Inglés Buttafuoco (apodada «la Nutria»), hizo su entrada el escritor.

—¡Hola! —soltó, levantando los brazos.

Los chicos, por una vez libres de alborotarse, se desfogaron con un aplauso estruendoso, amplificado por el retumbo del gimnasio.

El escritor recorrió un lateral y llegó a la mesa, frente a Pierluigi. No tenía una cara simpática. Bajo una nariz enorme y regordeta, se le movían nerviosos unos bigotes largos y finos, como una especie de lombriz; y tras unas gafas sin montura, unos ojitos distantes entre ellos escrutaban a los chicos como si fueran alguna clase de enfermedad infecciosa. Y también tenía un tic que le hacía fruncir el lado izquierdo del labio superior.

El Hombre que nunca estuvo allí empuñó el micrófono.

—¡Chicos! —empezó a decir, triunfal.

Pero solo lo oyeron Pierluigi y unos pocos estudiantes de la primera fila, porque el micrófono no funcionaba.

El Hombre que nunca estuvo allí lo bajó, contrariado, y lo sacudió un par de veces.

—Uno, dos, tres, probando —dijo entonces el director—, uno, dos, tres, probando.

Pero el micrófono no reaccionaba. A su lado, el escritor tamborileaba nervioso sobre la mesa.

—No lo entiendo —murmuró la Nutria—. He venido yo misma a probarlo esta mañana a las seis y media y funcionaba perfectamente.

El Hombre que nunca estuvo allí le dirigió una mirada asesina.

—Pues ahora no funciona —dijo—. Uno, dos, tres, probando —repitió en voz más alta—. Uno, dos, tres, ¡¡¡PROBANDO!!!

Y justo en el momento en que alzaba la voz hasta casi gritar, el micrófono se puso a funcionar con un pitido muy agudo.

El escritor, la Nutria y un centenar de chicos se taparon los oídos con las manos.

—Ah, vale, bueno —dijo el Hombre que nunca estuvo allí, como si no hubiera pasado nada—. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Chicos, hoy tenemos el gran honor de recibir la visita de un escritor muy famoso... autor de... de... ejem... de un montón de libros. Todos de gran calidad. Excelentes. Ahora cedo la palabra a la Nutr... a la profesora Buttafuoco.

—Gracias, profesor Fiamminghi —dijo la Nutria—. Es realmente un gran honor tener hoy con nosotros al gran Bruno Gorrino...

Todo el gimnasio estalló en risas, pero la Nutria, que evidentemente lo había previsto, continuó como si nada hubiera pasado:

—... autor de *Un hámster para Penny*, *Jimmy y la muela del juicio*, *Un cachorrillo*...

—Hay que reconocer que tiene agallas —susurró Pierluigi al chico sentado a su derecha con gafitas y dientes de castor— para pasearse por las escuelas con ese nombre...

—... y naturalmente —continuó la Nutria— de *Todos los colores del fucsia*, el libro que habéis leído durante estas vacaciones...

—¿Y por qué? ¿Cuántos colores puede tener el fucsia? —preguntó Pierluigi a su vecino de la derecha.

—Lo sabrías si hubieses leído el libro —respondió este.

—¿Leerlo? ¿Estás loco?

—¡Tamburini! ¡Ulissi! —susurró Karpshak, con un hilo de voz—. ¡Si os vuelvo a oír, os expulso!

—Pero si yo... —dijo Ulissi, que efectivamente no había abierto la boca.

Pierluigi bajó la cabeza y esperó a que la Nutria dejara de hablar. Finalmente, el micrófono pasó al escritor.

—¡Buenos días! —empezó saludando Gorrino.

Tenía una voz aguda y estridente, nada parecida a la que Pierluigi se imaginaba que pudiera tener un grandullón como él. Su voz era más bien de gorrina. O de gorri-nilla. La idea le hizo gracia. Y se mordió el labio para no reírse. Si se hubiera reído, al cabo de poco estaría tron-

chándose. Y, si se hubiera tronchado de risa allí en primera fila, habría tenido problemas.

—¿Cómo estáis? —preguntó Gorrino.

¡Pero qué pregunta era esa! Algún alumno, como Ulissi, respondió:

—¡Bien!

—Yo también estoy bien, gracias —contestó Gorrino, aunque nadie se lo había preguntado—. De hecho, estoy especialmente bien, porque, cada vez que me encuentro ante un público de chicos como vosotros, me acuerdo de cuando yo tenía vuestra edad y mi único deseo era convertirme en escritor. Que es lo que he logrado hacer. ¿No os parece fantástico? Tenéis que saber que *adoro* este tipo de actos. Es para reunirme con vosotros que escribo libros como *Todos los colores del fucsia*, que sé que habéis leído con gran deleite...

—¡Lo han devorado! —intervino la Nutria, incapaz de retenerse.

—¡Cómo no! —susurró Pierluigi al vecino—. Tú dos veces, ¿verdad?

El chico con dientes de castor no se dignó a mirarlo.

—Entonces, ¿qué mejor ocasión que esta para hablar del libro? Si os ha gustado, explicadme por qué. Y si no os ha gustado, os contaré dónde os habéis equivocado. Os haré entender por qué no os ha gustado, ¡y al final os encantará!

—Mejor no leerlo —murmuró Pierluigi a la vecina de



la izquierda—. Así nos ahorramos un montón de problemas.

Pero aquella chica pelirroja y con un estallido de pecas alrededor de la nariz tampoco le hizo caso.

Pierluigi volvió a mirar hacia delante e interceptó la mirada de Agonías, fija severamente en él. Pierluigi tosió un poco para mantener la compostura. La Nutria miraba a Gorrino embelesada, mientras el Hombre que nunca estuvo allí había encontrado la manera de desaparecer y dejar el gimnasio sin que nadie se hubiese percatado.

Todo un artista.

Gorrino, convertido en el amo de la mesa, se había enfrascado en una larga explicación de su propio libro:

—... y así podéis entender con qué estado de ánimo la pobre Shamira se dispone a recibir un regalo completamente distinto al que tanto deseaba...

«Si supiera quién es Shamira —pensó Pierluigi, que no había escuchado el inicio de la frase—, tal vez lo podría entender». Pero no se lo dijo a nadie, sino que miró a Agonías fijamente a los ojos y asintió con la expresión de quien comprende en toda su profundidad los estados de ánimo de la pobre Shamira.

En aquel momento se oyó alzarse un gemido, primero tenue y luego cada vez más fuerte, insistente: ¡Ñiiii! ¡Ñiiii! ¡Ñiiii! Incluso Gorrino tuvo que interrumpir su discurso y mirar a su alrededor, desorientado.

Quien aclaró a la mayoría el origen del gemido fue el

bedel, que, con la cara roja y las venas del cuello hinchadas, gritó:

—¡BASTA YA CON LOS ZAPATOS!

Un par de colegas suyos le pusieron la mano en el hombro y lo acompañaron fuera, pero mientras tanto, probablemente movidos por la compasión, los estudiantes habían dejado de frotar los zapatos sobre el suelo de linóleo.

—Estaba contando... —retomó el hilo inmediatamente Gorrino— cómo el gatito de la adorada Jessica jugaba con el ovillo de lana de la niña, desenrollando la madeja por toda la salita y enredándola a las patas de la mesa y de las sillas, hasta reducir todo el cuarto a una única maraña inextricable. Imaginaos la cara que puso...

Los bigotes de lombriz de Gorrino apuntaban hacia arriba en una sonrisita complacida, mientras la Nutria se apoyaba la mano en el pecho, como si temiera dislocárselo por la risa.

«¿Acaso fingen o realmente lo encuentran divertido?», pensó Pierluigi. Estaba a punto de descartar la segunda hipótesis por inverosímil, cuando se acordó de sus padres: con ellos tampoco lograba entender si fingían delante de él (como esperaba, al fin y al cabo) o si realmente les gustaban las galletas de espelta. Con los adultos no se sabe nunca.

Al cabo de un cuarto de hora, Gorrino terminó su discurso, sin que Pierluigi tuviese la más remota idea de lo que había dicho. El único indicio que le dio a entender

que se había terminado era que la Nutria, con gran entusiasmo, se había puesto a aplaudir como una posesa. Todo el público se unió al aplauso, incluido Pierluigi, que esperaba ver finalmente la luz al final de aquel túnel de aburrimiento. Pero se equivocaba.

Porque la Nutria, como si fuera la cosa más natural del mundo, anunció:

—Muy bien, chicos, ahora os toca a vosotros hacer preguntas. Estoy segura —y adoptó de repente un aire severo— de que no querréis perder la ocasión de preguntar algo a un escritor tan importante. Es una oportunidad que no se presenta cada día.

Solo de pensar, aunque solo fuera como mera hipótesis, en tener que estar con Gorrino cada día, Pierluigi sintió un escalofrío. Por un momento deseó que todos quisieran perder aquella fantástica ocasión y nadie tuviese ninguna pregunta, que el escritor volviera por donde había venido y que ellos tuvieran preferiblemente un examen sorpresa de Matemáticas, pero, en cambio, de alguna parte por su derecha se levantó una vocecita lastimera:

—Quisiera saber si el personaje de Kevin está inspirado en una persona real.

Pierluigi reconocería aquella voz entre miles: era aquella empollona presuntuosa de la Maranzi. La chica que le iba detrás, sin que él la correspondiera.

—Mira, querida —se puso a explicar enseguida Gorrino—, un gran escritor debe inspirarse en lo que le rodea.

Todo lo que vemos, lo que oímos, lo que leemos se convierte para nosotros, y solo para nosotros, en una posible fuente de inspiración para nuestras novelas. ¿Habéis hecho alguna vez un *collage*?

Pierluigi vio cómo su vecino de la derecha asentía e imaginó que también lo estarían haciendo otros chicos del público.

—Y ¿cómo se hace un *collage*? —continuó Gorrino, que fingió esperar la respuesta durante unos segundos—. Se recorta un árbol por aquí, un sol por allá, un pedazo de papel azul para componer el cielo, unas circunferencias de papel rojo que simulen las manzanas, etcétera. ¿Es así? —Y con los dedos índice y corazón de la mano derecha hizo el gesto de las tijeras, como si el concepto no fuera ya lo bastante claro—. Pues lo mismo hacemos nosotros, los escritores: tomamos trozos de aquí y de allá, y entonces los pegamos. —Y exhibió una gran sonrisa de satisfacción.

—Pero es que yo quería saber si Kevin está inspirado en una persona real —insistió la voz de la Maranzi.

Gorrino ensanchó sus ya grandes narices y respiró hondo con impaciencia.

Entonces se rehízo y dijo:

—En varias personas reales. Un trozo de aquí, otro de allá, maja. —Y repitió el gesto de las tijeras.

—Pero es que yo...

—Gracias, cariño —la interrumpió la Nutria—. ¿Hay OTRAS preguntas?

Por desgracia sí que las había.

¿Qué empuja a un chico o a una chica, se preguntó Pierluigi, a levantar la mano delante de toda la escuela para formular una pregunta estúpida a un tipo que: a) no han visto nunca antes; b) no había dicho nada interesante durante todo el rato que estaba delante de ellos; c) era simpático como un chicle bajo la suela del zapato; d) había escrito libros que como mucho habían fingido leer, y e) se llamaba Gorrino?

¿Lo hacían para exhibirse? ¿Por miedo? ¿Para tener mejor nota a final de curso? Bueno, de hecho, la idea de que hacer preguntas podía mejorar la consideración por parte de los profesores no era tan peregrina, pero a Pierluigi le parecía una artimaña, un subterfugio, un comportamiento de pelotas, como sonreír a un profesor cuando te lo encontrabas fuera de la escuela o hacerle cumplidos sobre su corbata. Flaquezas. Mezquindades.

—¿Hay más preguntas? —preguntó la Nutria.

No había más. Pierluigi soltó un suspiro de alivio. «Por fin», se dijo. Pero volvía a equivocarse. Sumido en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que Agonías lo estaba mirando fijamente. Y aquella mirada parecía perforarle el cráneo para llegarle directamente al cerebro y detectar que, de todos los pensamientos que le habían pasado por la cabeza en la última media hora, ninguno tenía nada que ver con *Todos los colores del fucsia*.

—Tamburini —dijo efectivamente Agonías, que retuvo

con una mano a Gorrino, a punto de levantarse—, ¿no tienes una pregunta para nuestro ilustre invitado?

En su rostro se dibujaba la sonrisa malvada de las peores ocasiones.

—Pues... —respondió Pierluigi, cogido por sorpresa—. La verdad es... que no.

E intentó adoptar la expresión de quien ha visto satisfechas sus múltiples inquietudes intelectuales. Pero, ni por un momento, acarició la esperanza de salirse con la suya tan fácilmente.

—Venga, va —insistió Agonías—. No es propio de ti: tú siempre tienes alguna pregunta que hacer. Estoy seguro de que hay un montón de cosas que quisieras preguntarle a este gorr... a este famoso escritor.

El silencio en el gimnasio no había sido nunca tan absoluto. Todo el mundo quería disfrutar del espectáculo.

—Ejem... pues... —Pierluigi frunció el ceño y se rascó la nuca—. Pues quisiera saber por qué decidió ser escritor.

A Gorrino le tembló la lombriz bajo la nariz.

—Pero, querido amigo —dijo—, ya he respondido a esta pregunta.

—¿No estabas atento, Tamburini? —preguntó Agonías.

—No lo he entendido muy bien —mintió Pierluigi—. Pues, entonces... quisiera saber si el personaje de Kevin está inspirado en una persona real —dijo sin saber por qué.

—Pues, a ver —empezó a contestar Gorrino—, es algo

así como hacer un *colla*... —Se detuvo de repente—. ¡Pero si también he respondido a esa pregunta!

—Ejem... —Pierluigi, nervioso, frotó los zapatos en el suelo; entonces recordó el gemido que podían producir y se detuvo de inmediato—. Ejem... —repitió—. ¿Qué ha desayunado hoy?

—¿Me estás tomando el pelo, muchacho? —preguntó Gorrino.

—No, claro que no. Disculpe. Ejem... ¡Ya lo tengo! Quisiera saber cuánto le han pagado por venir aquí.

—Perdona, ¿cómo has dicho? —preguntó Gorrino, abriendo los ojos de par en par.

Agonías y la Nutria se quedaron boquiabiertos, aparentemente sin poder reaccionar.

—Para venir aquí, a hablarnos de sus libros —explicó Pierluigi—. ¿Le pagan? ¿O acaso lo hace gratis?

El gimnasio volvió a enmudecer. Agonías logró mover los labios lo suficiente para murmurar:

—Cómo. Te. Atreves.

La chica pelirroja a la izquierda de Pierluigi le susurró:

—¡Qué fuerte!

Envalentonado, Pierluigi continuó:

—Es que, de hecho, pensaba: si a nosotros nos examinan sobre un libro que ha escrito usted, lo tenemos que estudiar, ¿verdad? Pero, para usted no debe de ser tan difícil venir aquí a hablar de sus libros. —Tenía la sensación de estarse metiendo en un berenjenal, como hundiéndose en

arenas movedizas, pero ya no sabía cómo salir—. Es decir, los ha escrito usted, ¿cómo no va a saber lo que está escrito en ellos...? Por eso me preguntaba si, para hacer algo así, le pagan.

¿Era su imaginación o por todo el gimnasio se había oído un largo y tenue «¡Ooooooh!» de estupor?

Gorrino, la Nutria y Agonías lo miraban enmudecidos.

La chica pelirroja le acarició la rodilla con la mano y murmuró:

—¡Uau!

La primera en reaccionar fue la Nutria. No dijo nada, se encaminó solemnemente hacia la salida, tras dirigir un gesto austero con la cabeza a Pierluigi, que se levantó de su asiento y la siguió. Antes de salir, oyó algunos tímidos aplausos que se levantaban de varios puntos del gimnasio, rápidamente silenciados por la voz retumbante de Agonías:

—Al próximo que lo vuelva a intentar, lo suspendo.